

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 5 DE NOVIEMBRE DE 1933

NÚMERO 45



Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro

Antes de la tormenta

En las altas montañas del Austria superior, cerca ya de la frontera, estaba el pueblecito de Almenbühl, que quiere decir, collado de prados altos. Llevaba este nombre con mucha propiedad, porque allí los aldeanos poco trigo podían sembrar. Sembraban algo de grano para sus propias necesidades; pero mayo y junio aun podía hacer mucho frío, podía caer nieve y granizo y destruir la sementera. Los prados altos, más allá del pueblo, en cambio, eran tanto más hermosos, y el ganado allí se criaba como en ninguna otra parte de la región de Salzburgo.

Corría el año de 1731, cuando el labrador José Mattenecker volvía con su hija Rosita, que contaba diez años, en una tarde a fines de junio, del prado perteneciente a su cortijo.

El aldeano había querido enterarse de cómo se había arreglado su hijo mayor, Quiterio, con la vieja criada Brígida, en los pra-



dos de la montaña. Quiterio no tenía más que diez y ocho años, pero a Brígida le sobraaba edad y entendimiento para ambos.

Rosita había insistido mucho para que su padre la llevase. Hubiera preferido quedarse en la sierra, donde casi se tocaban las montañas cubiertas de nieve, donde se oía murmurar los oscuros pinos y se veía volar las águilas y donde había flores tan preciosas, que tenían un olor tan dulce y penetrante. Había cogido un gran ramo de ellas para llevárselas a su madre.

Antes de llegar al pueblo, donde el camino descendía por una cuesta muy pendiente, cerca de media hora, el padre y su hija se sentaron a descansar. El sol ya estaba bajo y en el valle ya caían las sombras de la tarde, pero los altos picos de las montañas aun brillaban con luz dorada.

—¡Cuánto amo a las montañas, papá! —exclamó Rosita—, ¿no te parece que allá arriba se está mucho más cerca de Dios?

Por un sendero lateral se acercó el cura del pueblo, un viejecito con rostro amable y cabellera de plata: "Alabado sea Jesu Cristo", fué su saludo. Mattenecker se había levantado y, quitándose el sombrero, contestó:

—Dios os guarde, señor cura.

Una sombra pasó sobre las nobles facciones del viejo. Pero, recordando las palabras de la niña, dijo:

—Voy a leerte algo de mi breviario, algo sobre las montañas, Rosita, un himno que cantó el piadoso rey David, sabes, que siendo joven mató al gigante Goliat.

—Ya lo creo que sé—dijo la niña.

El cura se sentó junto a ellos en la hierba, sacó su librito del bolsillo y, traduciendo las palabras latinas al alemán, leyó el salmo 121.

—Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro; mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra.

Atentamente escuchaban el padre y su hi-

ja, Al terminar el cura con las palabras: "El Señor guardará tu entrada y tu salida desde ahora para siempre", Mattenecker le dió un fuerte apretón de manos.

—Ahora nos hemos puesto bien de acuerdo, señor cura, escuchando la palabra de Dios. Antes no estaba usted contento conmigo, porque he heredado de mis padres demasiado de la Biblia y de las enseñanzas de Lutero. Pero si nos fijamos en lo que nos une creo que hay mucho, y acaso lo más importante: la fe en Dios Padre y la confianza en nuestro Señor y Salvador Jesu Cristo.

—Eso lo dice usted—replicó el viejo—; pero cuando le saludo con su alabanza, nunca contestáis: para siempre, amén.

Al aldeano le subió la sangre a las mejillas:

—Ya sabéis por qué; dicen que ese saludo libra a las pobres ánimas del fuego del purgatorio. Pero, ¿cómo concuerda el purgatorio con la palabra de Jesús, que dice al ladrón: "Hoy estarás conmigo en el paraíso?"

El cura se quedó pensativo y triste:

—No quiero discutir con usted, Mattenecker. Desde niño, con toda sencillez, he creído lo que enseña la Santa Madre Iglesia; con ello me ha ido bien, y espero que Dios me dará una muerte feliz. Nuestro antiguo obispo Antonio Francisco hacía lo mismo: tampoco le gustaban las discusiones, pero, Mattenecker, ahora corren otros vientos en Salzburgo. Aún en nuestro apartado pueblecito lo habéis podido notar. Atended a lo que os digo: no os enemistéis con la Iglesia. Fácilmente os podría ocurrir lo que les pasó a los del valle de Tefferegg en el año de 1685, que perdieron la patria y todos sus bienes.

Mientras el cura estaba hablando, la campana del pueblo tocaba a vísperas. Este se descubrió, se persignó y rezó con devoción. También el aldeano se había quitado el sombrero y había doblado las manos para orar mientras que Rosita se había arrodillado.

Dirigiendo los ojos a las montañas, que ya iban palediciendo, rezaba el padre nuestro en voz baja.

Los colores de las gigantescas montañas se animaron; brillaban en un rojo oscuro; era un aspecto maravilloso.

—Ya sabéis lo que significa el rojo de los Alpes, Mattenecker: ¡tormenta!—dijo el cura.

—Ya sé, ya sé—replicó aquél—; pero si nuestro Señor en los cielos guarda nuestra salida y nuestra entrada, ¿qué daño nos puede causar la tempestad?

Al entrar el cura en su casa, ya estaba anocheciendo. Su ama le salió al encuentro diciendo: “Ha venido una visita, señor cura; está dentro, en la habitación.”

—Vengo de Salzburgo mandado por su

Eminencia, el Arzobispo, mi superior—dijo una voz penetrante y dura—. Su Eminencia se ha enterado que en la parroquia de Almenbihl crece mucha hierba entre el trigo. Vos vais para viejo, y yo vengo a ayudaros a escardar.

Al párroco le temblaban las piernas. Con dificultad podía darle la bienvenida y encargar al ama que cuidara del huésped. Tan pronto como estuvo solo, se fué a la iglesia oscura, puso su farol en los peldaños del altar y se arrodilló delante del crucifijo:

—Jesús, rey del cielo, ven con tu poder y socorre a mis ovejas perdidas; no dejes caer sobre ellas la tempestad de las penas temporales, porque ellas en su torpeza no entienden tu palabra; ilumíname Señor y ayúdame.

(Continuará)

Cómo la radio salvó a cuarenta personas en el desierto del Sahara

Ultimamente han ocurrido varias catástrofes de pequeñas caravanas, por causa de falta de agua, en el Sahara. El año 1933, ante todo abunda en terribles torbellinos de arena, que pasan con una vehemencia enorme por encima del desierto. Solamente en el mes de junio doce caravanas de árabes fueron sorprendidas por un torbellino de arena, y hubo que lamentar ochenta muertos. Ahora acabamos de saber que una caravana grande, compuesta de treinta árabes y diez exploradores, franceses e italianos, fueron salvados a última hora de una muerte segura por medio de la radio.

La expedición, dirigida por el Dr. Cadin, fué sorprendida en medio del Sahara por un terrible torbellino de arena. Las provisiones de agua se estaban acabando; más de dos terceras partes de los miembros de la expedición ya habían caído gravemente enfermos, y, también los demás no podían continuar ya este viaje sin rumbo.

Un miembro de la expedición traía, más bien que otra cosa, para entretenerse, un pequeño emisor de onda corta. Quería examinar con él las condiciones de emisión de la atmósfera en el Sahara. Y ahora se concentraron todas las esperanzas de salvación de estos cuarenta hombres que, lentamente, estaban muriendo de sed, en este pequeño aparato, el único que no fué destrozado por el huracán.

El técnico de la radio montó en el desierto una pequeña antena, y casi todos se volvieron medio locos de alegría al ver que el aparato funcionaba. El primer mensaje salió: “C. Q. C. Q. S. O. S. S. O. S. Expedición Cadin, muriéndose de sed.” Pero pasaron días y no recibieron contestación. Parecía que allá en el mundo y en la estación de la radio de la policía a orillas del desierto no se oía nada, y ya la fuerza del aparato iba disminuyendo... Siempre menos fuerte salía la voz de los pobres desterrados

en el desierto. Acaso había corriente aún para unas tres horas; entonces por fin vino la constestación.

Una estación en Tunesia había recibido las señales de alarma, y, por su parte, había alarmado a una de las estaciones de poli-

cía a orillas del desierto. Dentro de pocas horas, aeroplanos estaban encima de los desfallecidos y descolgaron en un paracaídas latas con agua. Una caravana de automóviles después efectuó la salvación definitiva de la expedición.

Una leyenda oriental

La semilla de una enredadera iba flotando en el viento, cuando encontró una majestuosa palmera. Dijo a la palmera:

—Estoy cansada de volar de acá para allá en el viento; déjame descansar un rato en tus hermosas frondas.

—¿Cómo no?—dijo la palmera—, y bienvenida por todo el tiempo que quieras.

Así que la semilla se quedó entre las hojas de la gran palmera bien protegida contra el árbol, y la palmera pronto se olvidó de su presencia. Pero la semilla no estaba ociosa. Echó pequeñas raíces y fibras que iban hasta debajo de la misma corteza de la palmera y rodeaba el árbol hasta que un día la palmera, asustada, exclamó:

—¿Qué es esto?

—Yo soy la semillita que tú permitiste descansar entre tus frondas.

—Pues tienes que dejarme ahora. Llegas a ser demasiado fuerte y grande; me quitas mis fuerzas.

—No te puedo dejar ahora—dijo la enredadera—, hemos crecido juntas. Te mataría yo al separarme de ti.

La palmera sacudió sus grandes frondas y se esforzó en echar la enredadera, pero no pudo. Poco a poco las hermosas frondas de la palmera se secaron y el grueso árbol se pudrió, y al fin se veía solamente la fuerte enredadera, ya gruesa y alta.

Lo mismo son los pequeños pecados que entran en nuestra vida. Entran desapercibidos e inocentes. Pero luego ahogan todo lo que es bueno y, al fin, la vida misma.

(De *El Herald Evangélico*, Chile.)

ANECDOTA

Un hombre, armado con una lanza, pasa corriendo ante Sócrates en persecución de otro hombre que más bien vuela que corre.

—¡Detenlo, detenlo!—le grita al sabio.

El maestro no se mueve.

—¿Eres sordo? ¿No pudiste cerrar el paso al asesino?

—¿Y qué entiendes tú por asesino?—le pregunta Sócrates.

—¡Peregrina interrogación!—dice el lancero.—Pues asesino es un hombre que mata.

—¿Un carnicero, entonces?

—¡Viejo estúpido! Un hombre que mata a otro hombre.

—¡Ah, sí; un soldado!

—¡Bestia! Un hombre que mata a otro hombre en tiempo de paz.

—¡Vamos, un verdugo!

—¡Animal! Un hombre que mata a otro hombre en su propio domicilio.

—¡Comprendido: un médico!

—¡Anda de ahí, brujo maldito!

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60 Madrid.